

La justicia por venir: la política de la lectura.

Primero, quiero decir que este libro de Julián, que trata acerca de porqué, todavía, debemos interesarnos con radicalidad en la memoria contenida en las Escrituras, es una invitación a crear un pensamiento que sepa acoger dentro suyo todos los tiempos y espacios que nos habitan. Es, entonces, de un libro para aprender a pensar, para ocuparnos de nosotros mismos, y para crecer como humanos. Es un libro, además, escrito en tránsito, en la diáspora, una conmemoración migrante de un autor que sabe que la patria es el cuerpo de los que amamos y, también, de quienes vienen hacia nosotros. Un libro así habla muchas lenguas y respeta muchos silencios; es un concierto barroco. Tiene una forma laberíntica, no sé si borgeana, pero sí abre muchos caminos posibles para dejar planteada la pregunta, con honestidad y rigor, de si será posible habitar juntos la tierra. Para que esto sea posible, es decir para este sea nuestro mundo, se requiere, está claro, que todos participemos de muchos esfuerzos. *Cain, Abel, and the Politics of God* es parte de ellos. En nuestro tiempo, nos recuerda Julián, no podemos renunciar a la disputa con el pasado y con sus marcas salientes. Entendamos que no hay que leer la Biblia para aprender de ella, sino aprender de nosotros mismos mientras nos convertimos en creadores de significados. El libro de Julián se inscribe en la tradición que ha hecho de la posición del interprete un momento decisivo en la transformación del mundo. El interprete no busca respuestas en las escrituras, pero sabe que desatenderlas le impide entender los intersticios de su mundo.

Muchos quieren debilitarnos, triturar nuestros sueños con sus dioses y sus libros, y contra ellos Julián crea su lectura de la Biblia. Es decir, su modo de interpretar

una zona densa de nuestro imaginario, no la única claro, pero sí una que cada vez que es necesario anunciar la guerra o clamar por la liberación llega a la superficie de nuestros corazones. En este libro está en discusión algo más que la historia de un relato bíblico, a saber: se introduce la pregunta acerca de por qué hay quienes pueden ser asesinados sin que ello constituya una herida en todos nosotros. Esta es una pregunta que se hacía, a su modo, Gabriel García Márquez, también colombiano, en *Cien años de soledad*, pero Julián cree que nuestra estirpe no está condenada a la soledad. Su proyecto de lectura bíblica quiere extender un anhelo religioso del que él se siente heredero: un mundo justo cuya llegada no está fuera de nuestro alcance.

Cain, Abel, and the Politics of God es un libro para crecer juntos, para que la lectura vuelva a ser un acto político del que puedan derivarse prácticas e instituciones justas. Este es el talante del libro: la lectura y la escritura son pasiones políticas que son efectivas si logran expandir su furor, hacerlo colectivo. Por eso, que estemos hoy aquí, para conversar a partir de este libro, es una bella señal. Déjenme extender mi observación y enfatizarla, el libro de Julián es una intervención contra la soledad obligada y la muerte, contra los dioses que torturan y, quizás, un homenaje para quienes hacen de su vida un testimonio de que es posible enfrentar la ira de dios. Esa ira que, en ocasiones, se manifiesta en la zona indeterminada que está entre el castigo y el perdón.

Para hablar del libro de Julián, o para entrar en una conversación con él, se deben tomar riesgos, permitirse alguna arbitrariedad con respecto a sus campos temáticos que son, nada menos que: Dios, el fratricidio y las políticas de la lectura de textos sagrados. Como ven, se trata de un libro exigente. A mí me interesa, con todo,

concentrarme en esa relación que Julián establece entre el poder de matar, las vidas desechables y la Biblia desde una aproximación que podemos denominar babélica. Julián sostiene que, de una forma compleja, que no podría ser de otra manera, la vida de millones de vivientes humanos y no humanos sea vista como prescindible forma parte de la historia de la Biblia entre nosotros. Es decir, las escrituras serían parte de los motivos que hacen que ante la desesperación de los que huyen para preservar sus vidas veamos sólo enemigos o basura. Todo esto es un recordatorio: las escrituras han sido una potente arma, capaz de atravesar todo cuanto ha aparecido a su paso. Y es que un Dios para el que el asesino y el asesinado son no más que polvo, señala Julián, no supone solamente un problema teológico sino, primordialmente, de la convivencia humana.

Tendríamos, según esta lectura, a la Biblia, o lo que se ha hecho de los documentos que la conforman, inscrita en la piel, en los sueños y en el deseo. Entonces, necesitamos que arrancarnos la piel para poder acoger a quienes llegan desde todas partes porque han desvanecido sus mundos con guerra, persecución y genocidio. Leer es una práctica crítica de uno mismo, de las presunciones que cubren el cuerpo y que bloquean, como anhela Julián, el encuentro con los otros. Tal parece que ahí donde hay dioses hay vidas desechables - carne para multiplicaciones como escribió García Lorca - y que la prerrogativa básica del dios de este mundo es matar, entonces, qué hacer con dios o los dioses. En este libro los dioses acechan; como el padre que pide a su hijo que venga su muerte.

Julián sugiere que podemos enfrentar esos dioses con nuestra torre de Babel, con el reino de este mundo. De nuevo, su lectura es básica y no ofrece concesiones: la

Biblia nos traspasa, aunque no la leamos, está muy dentro nuestro y, para que sus usos nocivos salgan de nuestro cuerpo no es suficiente apelar al deísmo, al ateísmo o los buenos modales. Teológicamente esto tiene una expresión específica que informa todo el libro: no hay teodicea posible. Después de la imposible teodicea qué queda de Dios – o como dice Julián de ese personaje ambiguo – pues nada menos que una política del cainítica, si me permite el neologismo. Esta es una política sin cierre unitario, que no exige consensos finales, ni la fuerza del miedo.

En este libro el exegeta se torna prometeico o, mejor, babélico. Desea que con la reunión de los humanos y su fuerza-poder sea posible crear una ciudad en la que podamos habitar sin que nuestras diferencias y conflictos sean tenidas como maldición o castigo. En un mundo sin una soberanía absoluta e incontestable sólo lo político puede proyectar nuestras vidas. Julián quiere que habitemos la tierra políticamente y cree que tal cosa supone un retiro u ocaso del Dios inmortal del que ya se alejó Hobbes en el siglo XVII. Pero Julián no busca producir otro *Leviathan* sino múltiples torres de Babel. Nótese, sin embargo, que no se trata de proyectos opuestos, ambos requieren de una decisiva disyunción: ya no hay un ordenamiento “extrínseco” para las cuestiones terrenales. En el pasado se denominó a esto “tomar el cielo por asalto”. Julián lo denomina política.

Lo babélico, a lo que Julián alude en el último capítulo del libro, es el arte (la poesía) mediante el que los humanos - con límites y contradicciones - consiguen hacer su sitio en el cosmos, desarrollar instituciones, familias y, en fin, mundo social. Lo hacen con independencia de Dios, en busca de un modo de soberanía que suponga el derecho de todos a tener vidas satisfactorias. Lo babélico se relaciona con el exilio

forzoso – Adán y Eva, más que migrantes son los primeros expulsados de una tierra que estimaban su hogar – y con la necesidad que éste plantea de producir, con la fuerza de nuestros cuerpos, lugares para habitar. Pero, los expulsados, exiliados y desalojados no son simplemente “meras vidas” – organismos con circulación sanguínea - llevan consigo, en la hechura de sus cuerpos y la viscosidad de su carne, la posibilidad política de una nueva ciudad, de una forma alternativa de estar en la tierra. Entonces, quienes son expulsados y desplazados, aunque llevados al límite, no están despojados de todo. Si vemos en quienes son ultrajados por soberanos brutales sólo vidas dañadas perdemos la oportunidad de crecer junto a ellos. Quienes son despojados de su tierra, aunque sólo tengan su cuerpo, no son meramente despojados. Me extendido suficiente, y lo importante, es que podamos escuchar al autor, que seguro no ha dejado de pensar en todas estas cuestiones. Sin embargo, antes de hacer silencio, quisiera evocar aquí un verso de Vallejo, de un poema que él llamó “*No vive ya nadie*”, y que creo expresa, también, el tipo de pasión que impulsa el pensamiento de Julián.

---No vive ya nadie en la casa – me dices-; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues, que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por dónde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, por que sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida. Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos (Vallejo, 1999, 2006, págs. 191-192).

No voy a intentar explicar el poema, del que he citado sólo un fragmento, sólo quiere decir que en él están condensados varios motivos del tipo de aproximación a los productos textuales que nos ofrece Julián. Es cierto que “los tiempos bíblicos” se han ido, sin embargo “alguien queda”. La Biblia ha pasado por nosotros, Caín, Abel, Dios y el tipo de relaciones que han instituido siguen en nuestra casa, no se han ido, el tiempo no es una sucesión de eventos que se cancelan entre sí. Nuestra casa, es decir nuestros cuerpos terrenos, está habitada por esas presencias de los que nunca se van, de los han pasado una y otra vez entre nosotros. La Biblia, insiste Julián, está muy viva porque está hecha de carne humana; nos habita y la habitamos. Por eso, el trabajo de interpretación bíblica es económico, pretende influir en las formas de organización de la casa. Las escrituras “en verdad han quedado”, qué hacer con ellas, cómo recibirlas. Estamos todos, no juntos como querían los Beatles, en esta casa y, para hacerla nuestra, nos dice Julián, tenemos que asomarnos a nuestras raíces.

Los que se van, quedan. Los que vienen, traen consigo a muchos otros que hace tiempo se han ido. Julián, desde un lugar no tan lejano, nos trae, una vez más, la Biblia. Y con ella, la pregunta de quiénes son nuestros hermanos.

Bibliografía

Vallejo, César. (1999, 2006). *Obra poética completa*. Madrid: Alianza.